

LA CIUDAD CONTIGO

CITA ENTRE LA NIEBLA

Nos trepamos, sin pensarlo mucho, al más cercano y más alto de los miradores de la ciudad. Es domingo. Anochece. La hora invita al diálogo. El aire, cordialísimo, nos lleva de la mano. La niebla, espesa, cerrada, nos protege de las miradas indiscretas.

Ya en la altura, una copa de vino nos pone a rimar con la circunstancia. Brígida, de cota roja y falda azul, está radiante. Nos asedia el frío. Miramos, al través de la ventana, fuera. Apenas vemos nada. La niebla lo oculta todo. Todo, hasta los árboles inmediatos donde los pájaros ateridos como nosotros, callan.

La ciudad está a nuestros pies pero no la podemos ver. Y no culpamos de ello, naturalmente, a la niebla. Ella, comprensiva, está de nuestra parte. Se espesa más, se cierra más alrededor de nosotros. Como para que Brígida y yo, en medio de tamaña blancura, vino en mano, sintamos mejor el latido de nuestro corazón.

EL SAMAN

Si quieres acercarte más a mi corazón, rodea tu casa de árboles", le digo a Brígida. Ella, fervorosa, me recuerda todo el resto del poema. Nos hallamos, pues, en una de las plazas principales del pueblo. Pasamos bajo su hospitalario, cordialísimo samán central. Las ramas, verdes y florecidas a la vez, se extienden en todas direcciones. Intentan, es la verdad, abarcar con su sombra amable toda la dimensión de la plaza. Bajo ellas pasamos, tornamos a pasar, paseamos, mejor.

Brígida, de lo más ágil, ha levantado el brazo y, sin esperar más, ha arrancado una flor. La hace girar, cuidadosamente sujeta, en el aire. La levanta al cielo como una copa. Y se la prende luego, sobre el pecho, a la altura exacta del corazón. Y en esa flor tan simple y tan bella se nos juntan, en indudable armonía, el samán del pueblo y el poeta.

LOS DOS POETAS

Ya hemos llegado hasta aquí, después de tanto andareguear, tengo que decirte algo. No podemos pasar por esta esquina. Brígida, sin que realicemos doble evocación. Mira. La Calle 11°. parte aquí la Avenida 5a. Bien. En este ángulo, ahora demolido, estuvo "la casa de la harina" que tanto recuerdas. Y en aquel otro que le hace diagonal estuvo, otro tiempo también, la casa donde "aún vagan sombras familiares" que te son conocidas.

En la primera de estas casas que te digo vivió parte de su vida -infancia, adolescencia- Manuel Felipe Rugeles. En la otra vivió buena porción de la suya -infancia, adolescencia-Dionisio Aymar. Sé, Brígida, cuánto te place el soneto del uno y la sonata del otro. La doble evocación, cada vez que pasamos por aquí se nos impone inevitable, ¿no es cierto? Esta es, para nuestra más pura emoción, la Esquina de los Poetas.

LAS AVES SIMBÓLICAS

Nos hemos detenido, sin pensarlo mucho, en el parque de Las Lomas. El viento les cuenta las hojas a los árboles. El templo levanta, muy cerca de nosotros, su blanca esbeltez al cielo. A nosotros lo que nos retiene es el palomar.

Lo tenemos delante; al alcance de nuestras manos. Las palomas se asoman, por las ventanitas, a observarnos; o se trepan, diligentes, al techo; o revuelan por el contorno; o se echan al piso a picotear, apresuradas, la arena; o se arrullan, por parejas, en sus balconetes. Es la ocasión en que

Brígida, tan gentil-siempre, ha hablado menos; en que menos he hablado yo Un acuerdo tácito nos impone el silencio y la quietud necesarios para que las aves simbólicas, haciéndose las más delicadas carantoñas, encarnen ante nuestros ojos sin interrupción, el inagotable milagro del amor.

EL AIRE DE DICIEMBRE

Como lo hemos podido ver, Brígida, apenas nos dimos cuenta. ¿Lo notaste tú? Yo, tampoco. Pero ha entrado ya, con todas sus gracias, con todas sus incitaciones, diciembre.

No es, naturalmente, cosa del tiempo. No se trata de fecha determinada. Es el aire el que, sin que sepamos cómo, cambia de entidad. Lo encontramos, de pronto, más transparente y más puro, más esbelto y más tembloroso, más hondo y más alto. Se nos solazan más vivamente, dentro de él, las cosas y las distancias. Comprobamos, así, que la luz adquiere candideces de recién nacida; que los pájaros cantan y vuelan con mayor júbilo; que las aguas pasan con más alacridad; que la brisa nos ciñe con mayor ternura; que las campanas suenan como si estuvieran dentro de nuestro corazón.

Es diciembre, Brígida. Lo ves y lo palpas en el aire, que parece soñado, ahora más que nunca para engastar tu presencia. Yo sé que es diciembre, en cambio, porque lo veo rutilar en tus ojos, palpitar en tus labios, temblar en tus palabras. Tu belleza le da al aire de diciembre, que tan bien te destaca, diafanidades de vitral.

HA FLORECIDO EL BUCARE

El verano, en medio de los calores de febrero, ha hecho de las suyas. Ha tostado, poco a poco, todo. Ha adelgazado, hasta darle cintura de doncel, el Torbes. Levanta, por las esquinas y las plazas, motines de polvo. Arranca, una por una, las hojas secas. Y, verdaderamente inspirado, ha tocado con su varita mágica todos los bucares.

Brígida y yo nos la hemos pasado mirándolos y mirándolos. Mirándolos, acariciándolos más bien, con nuestros ojos. Por todas partes fulguran. Dentro de la ciudad y por sus alledaños. No hay, de momento, árboles más luminosos: más bellos. "Monarcas de precario esplendor" los llamó, con su palabra sabia y bella, Díaz Rodríguez.

El que más nos deslumbra se halla en la Avenida Cuatricentenario. Siempre verde y rumoroso, una tarde de éstas lo hemos encontrado completamente desprovisto de hojas. Ni falta que le hacían. En su lugar se habían ido encendiendo sus flores. Millones de flores. Todas, desde las ramas más bajas hasta las más altas, rojas hasta el encandilamiento. Una sola refulgente, efímera, viva llamarada. El bucare, todo él florecido del pie a la copa, resume la apoteosis del verano. Brígida y yo lo contemplamos hasta el anonadamiento íntimo. Mucho más que árbol, se nos hace la más rotunda lámpara votiva encendida por el verano al pie de la ciudad.

LA CRUZ EN EL AIRE

Recorro, una vez más con Brígida, la parte alta de la ciudad. Nos fuerza al paseo, ya hacia el atardecer, la gracia con que la luz comienza, muy nostálgicamente, a despedirse; la alacridad con que el aire se integra, niño travieso, a nuestro recorrido.

Por la Avenida 19 de Abril nos estiramos hasta la España; por ésta, hasta la Plaza de Toros. De aquí en adelante, regresando, divisamos la Loma de Pío. Todo lo vemos oteando. La zona nos obliga a la evocación europea. Es Pirineos.

Lo que más se nos destaca, por dondequiera que tendemos la vista, es la cruz -alta cruz- que remata, contra el cielo, la Iglesia de Santo Domingo. Es "el humilde y pacífico emblema de la cristiandad" de que nos habló Baralt. Nosotros contemplamos tanto la iglesia como la cruz.

La una se nos hace un barco preparándose, ya, para entrar en las aguas de la noche. La otra nos abre los brazos, como un faro, en la altura. Segura de que, aunque no parezca, entre tan estrechos límites podemos caber todos. Brígida lo sabe. Y tal vez por eso, sin decirme nada, se santigua.

EL LIBRO AMADO

No puedo precisarte desde cuándo me acompaña este libro. Tal vez, Brígida, desde "la época del alma". Dondequiera que he andado, ha andado conmigo. Lo llevo, junto a mi corazón, siempre. Ábrelo por cualquier parte. Bien. Lo has abierto por su más esbelto y hondo poema. Lee, poco a poco, como tú sabes hacerlo. Así. "Niña, en el tacto de la luz te siento". Déjame que repita contigo, puesto que me lo sé de memoria. "Diluida en palabras, gesto, risa". Recitamos, pues, al alimón. "Levemente agitada por la brisa -que dan las alas de mi pensamiento". No es necesario más, Brígida. Tú, inteligente como eres, me comprendes. Este es el libro, entre los míos, más entrañable. Y acabo, ahora mismo, de entender el motivo. Tú también estás para mí -¿terminaste de ver el poema? "salvándome el instante como un puente -hecho sobre una gota de rocío".

TIGRITUNGA

Tal vez no lo creas, Brígida. Tigritunga se presentó, una tarde de éstas, cuando menos la esperábamos. Llegó, todavía nubil, un tanto arisca, de lo más coqueta. Le intenté las primeras carantoñas y salió corriendo. Volvió luego. Le ofrecí alimento en la mano. Me lo agradeció con los ojos y con el movimiento característico de la cola. Aquí, desde entonces, se ha quedado.

¿Verdad que es toda una tigresa en miniatura? Las mismas rayas; la misma elasticidad; el mismo color. Pero es mimosa y confianzuda. Tiene sentido cabal del compañerismo. Está a mi lado siempre. Duerme en mi casa; reposa sobre mi escritorio; se tiende en la puerta, si estoy fuera, esperándome. Sólo dos veces al año desaparece por ocho días. Al regresar, trae una luz absolutamente maternal en pupilas y movimientos. Tres meses más tarde, pare sus cachorritos. Ella, solícita, los amamanta, los abriga, los acaricia, los besa, los limpia. Y los echa, cuando los desteta, por todo el barrio.

Trigritunda, que duerme sobre el escritorio, abre, como si nos hubiera oído, los ojos; estira, perezosamente, la garra; la recoge; pone sobre ella la cabeza; y torna, feliz, a quedarse dormida. Tal vez carreen por su sueño, Brígida, los más suculentos ratoncillos.

LA LUNA

Contéplala no más, Brígida. Se me hace, en medio de la limpidez de la noche, una joya. Ella sola lo ilumina todo. El cielo se halla tan limpio de nubes como de luceros. Ella sola reina. Ella sola subraya la hermosura de las tinieblas. Recuerda que la han llamado reina, diosa, musa.

Reina, diosa, musa, acaba de levantarse, pura y luminosa, sobre las colinas de Zorca. Y es así como más nos place, ¿no .es cierto?. Apenas un finísimo arco de oro. Una delgada hoz que se hubiera apropiado del amarillo de todas las espigas. Un fulgurante pendiente. Reina, diosa, musa, la han llamado. De "casto pie"; de "virginal recelo". Justo sobre Zorca es como más nos place. Como ha aparecido esta noche. Nada, pero nada más que una ceja fúlgida de mujer. Claro está, Brígida. De la reina, de la diosa, de la musa, que, sobre Zorca, luce su largo peplo de sombras.

PAREDES, PEDRO PABLO.

La Ciudad Contigo.

Academia Nacional de la Historia.

El libro menor No. 62. Caracas, 1984.